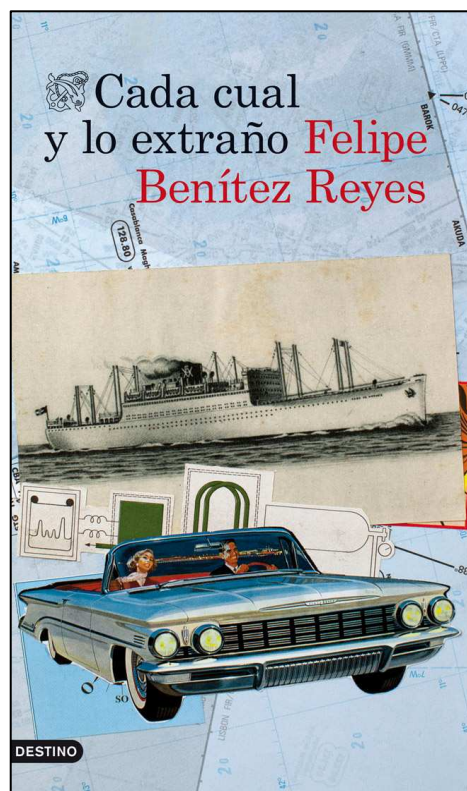


**DESTINO**



## AVANCE EDITORIAL

¡Sé el primero en leerlo!  
En librerías desde el **14 de mayo**

Facebook.com/edicionesdestino



@EdDestino



AGOSTO

Su oro  
y su plata

Silvana tenía catorce años y parecía de oro. Yo tenía dieciséis y acababa de leer una antología de cuentos de terror. Aquella lectura me animó a escribir algunas páginas de esencia tenebrosa que aspiraban a añadir otra dosis de espanto al universo, aunque mucho me temo —son páginas perdidas— que lo más espantoso de ellas fuese en realidad la adjetivación.

La primera vez que fui al cine con Silvana vimos *Malenka, la sobrina del vampiro*. Fue en el Macario, donde, a pesar de sus palcos barrocos pintados de purpurina, sólo echaban películas de anomalías y de crímenes fantásticos: de extraterrestres y de vampiros, de licántropos y de científicos escorados al lado oscuro de la experimentación. Películas en las que casi siempre era de noche. Películas, en fin, en las que casi siempre aparecía la imagen de una luna envuelta en nubes góticas. El Macario tenía un telón listado en rojo y verde que se abría con la parsimonia de un misterio importante y unas cortinas rojas —muy densas, acartonadas, como si las hubiesen empapado de sangre ya seca— en las puertas de acceso a la sala. Entre función y función, fumigaban con un ambientador que olía a bosque tóxico.

«¿De verdad te gustan estas películas?» Yo confiaba en que el miedo la hiciera agarrarse a mí nada más abrirse el primer ataúd, pero aquella película resultó ser tan descabellada que sólo le dio un poco de risa. Tuve mejor suerte con *El baile de los vampiros*: en la secuencia en que Sharon Tate está dándose un baño de espuma y la ronda el monstruo, Silvana se aferró a mi brazo, quizá porque hizo suyos el desvalimiento y la inocencia de aquella otra rubia amenazada por un ser de los trasmundos. Durante el resto de la película, no tuvo más necesidad de tocarme. En *La marca del Hombre Lobo* me cogió la mano, pero no por miedo.

En contra de toda previsión, nos besamos por primera vez en no recuerdo qué película de Louis de Funès, porque quién va a tener memoria para eso, por buena memoria que tenga, y no en el Macario, sino en el Florida. Sí recuerdo que, mientras la besaba con los ojos cerrados, oí el estruendo metálico de un choque de coches. Aquel beso me mantuvo desvelado hasta el amanecer, como si acabara de cometer el pecado más hermoso de todos los posibles y la penitencia consistiese en recordarlo. Silvana, como he dicho, parecía hecha de oro, pero yo era el ladrón de su secreto: el sabor a plata que tenía su saliva a causa del corrector dental. Un ser de oro que sabía a plata. Y yo estaba sediento de su plata líquida, como de sangre lo estaba el conde de aquella Transilvania envuelta siempre en niebla, de modo que, como por entonces yo era tímido, el sábado siguiente la llevé a ver *El Enmascarado de Plata contra la hija de Frankenstein*, con la esperanza de que jugasen a mi favor los impondera-

bles del miedo. No hizo falta: nada más apagarse las luces, Silvana me besó.

A partir de ahí, nos besamos en las películas de Drácula, en las de Fu-Manchú, en las del Hombre Lobo, en las del luchador Santo, en las de muertos vivientes. Nos besábamos como quien respira, hechos a aquel ritual clandestino de saliva y penumbra, de ficción y pecado. Cuando salíamos del cine, nos sentíamos cohibidos el uno ante el otro, porque nuestra aliada era la oscuridad: el mundo iluminado nos desterraba de nuestro reino de tinieblas de artificio. «¿Nos vemos mañana?», y nos despedíamos con un beso en la mejilla.

Llegó agosto. Su familia se fue al norte; la mía, al sur. Yo iba todas las noches a los cines al aire libre, echaran lo que echaran, por el placer sin sentido de sentirme un abandonado, un melancólico que procuraba iluminar los laberintos de su adentro con fábulas en technicolor, con lances de resucitados o con amenazas ultragalácticas, y fue entonces cuando me aficioné a fumar. Mi boca sabía a tabaco, pero añoraba el sabor de la plata líquida.

La escritura de cuentos de terror dio paso a la escritura de poemas de angustia, con rimas chirriantes como los goznes de un féretro a medianoche. Recibía carta de Silvana cada tres o cuatro días, con su caligrafía redonda y su tono informativo. No sé si aquellas cartas me hacían bien: en cada línea («Hoy he ido al monte con unos amigos de aquí», «Mañana viene mi primo Álvaro») adivinaba la sombra de un usurpador.

Iba todas las noches al cine, ya digo, aunque ver una película sin Silvana era casi lo mismo que no verla, o puede que algo peor: mientras Paul Naschy correteaba

por un bosque con las fauces manchadas de sangre, imaginaba que en ese momento Silvana y yo podríamos estar besándonos, y entonces todo se me volvía raro y patético, no sé, como a quien tiene un cofre repleto de plata y de oro enterrado en una isla remota y se ve sin una sola moneda de cobre en el bolsillo; mientras Christopher Lee se erguía con la rigidez de un cadáver ojival, con las manos pálidas y afiladas sobre el pecho, para iniciar su ronda escabrosa, me daba por sospechar que Silvana estaba besando a otro en ese instante, y una estaca se me clavaba entonces en pleno corazón, y al llegar a casa escribía un poema aterrado sobre aquellos terrores míos, tan intensos y artificiosos como los que tenían lugar en la pantalla, tan sangrantes como ellos.

Pasó agosto y con él mis desvaríos y soledades. Una tarde sonó el teléfono: «Hola, acabo de llegar. ¿Vamos esta noche al cine?». Silvana volvió más de oro y más alta. Fuimos al Macario, donde los miércoles daban películas subtituladas y estrambóticas, seleccionadas por los socios del cineclub local, a ver una historia de vampiros rodada en Turquía: *Drákula Istambulda*, de la que no recuerdo casi nada —a pesar de que puedo presumir de muy buena memoria—, porque no dejamos de besarnos. (Un hombre que recorre los sótanos de un castillo, a la luz de una vela, hasta que se topa con unos ataúdes; un primer plano de los ojos claros del vampiro, con sus colmillos anormalmente curvos... Y poco más.) «El mes que viene me quitan el corrector.» Le quedaría el oro.

Entre adolescentes, el amor consiste en una especie de código cifrado en manos de personas que ni siquiera saben con exactitud en qué consiste un código. Silvana

y yo, sin motivo aparente, nos distanciamos durante aquel curso. Un sábado no me llamó. La llamé y no estaba. No volvimos a llamarnos. Seguía loco por ella, pero no me atrevía a decírselo. Salió con otros, salí con otras. Yo iba mucho al cine con Gemma, la hermana de mi amigo Jose. Gemma no era tan de oro. Gemma no tenía sabor a plata. En 1984 me casé con Gemma.

Silvana se casó en 1986.

Hace ahora seis años, coincidimos en la segunda boda de un amigo común. Nos reímos al recordar al portero del Macario, caballero mutilado de guerra, que, a pesar de su chaqueta azul con entorchados en las mangas, se daba la pinta de guardés de un castillo tenebroso, y que siempre nos advertía al entrar «Cuidadito con las manos». Nos reímos al recordar escenas de películas, pero no hablamos de nuestros besos en el cine. Ella acababa de separarse y yo, que me había separado de Gemma tres años atrás, hacía tiempo que me sentía sin ganas de entrar de nuevo de la mano de alguien en el país de las maravillas. Al fin y al cabo, las últimas palabras que me dijo Gemma fueron «Ojalá te pudras», y su deseo estaba cumpliéndose.

«¿Cómo se llamaba aquella película...?» *Malenka, la sobrina del vampiro*, con Anita Ekberg. Una historia, sin pies ni cabeza, de vampiros falsos. Nuestra primera película juntos.

Quedamos en llamarnos. No la llamé, porque los viajes inversos en el tiempo suelen acabar en un espacio de irrealidad. Al cabo de unos meses recibí una llamada suya: «¿Te apetece ir al cine?».

Una mala película, una cena y dos cuerpos que no acabaron de entenderse. Pero hay pasiones que pue-

den fundarse sobre el fracaso de la pasión. Desde entonces, vamos al cine una vez a la semana. Para besarnos. Y les confieso que sigo sintiendo en la boca un regalo de plata que viene desde el fondo del tiempo, ese orfebre de joyas que se desvanecen al tocarlas y que sin embargo acaban siendo lo único inmortal que poseemos.